



## EL CASERIO VASCO

Es en estos días de invierno, en las puertas de la primavera, cuando el paisaje de nuestra montaña acusa sus más fuertes contrastes.

Antes, en las sierras y en los montes, la caliza y la arenisca se perdían entre los grises y los violetas de los robledales, castaños y hayedos, sumidos en el letargo invernal. De unos años a esta parte el pino de hoja perenne, oscuro de matices, ha ido invadiendo lenta pero constantemente las laderas y barrancos de esta provincia, haciendo cambiar su fisonomía tradicional.

Pero ese cambio no sólo ha afectado al paisaje. El mismo caserío ha sentido en su planteamiento económico el golpe de las plantaciones de pinares, ligadas en gran parte al desarrollo industrial de las villas y pueblos de los valles.

Como una de las posibilidades de subsistencia del caserío, debemos acostumbrarnos a aceptar nuevos cambios e incluso a ver con interés cómo nuestra casa rural se adapta a las actuales circunstancias. Todos conocemos los esfuerzos que se están realizando para conseguir un caserío rentable. Ante ello, los pinares, las pistas, incluso el abandono del campo por algunas familias en beneficio de otras, debe ser visto con serenidad. La modernización del caserío en su distribución y explotación, en el mejorar el nivel de vida de muchos de sus habitantes, es en nuestros días de urgente necesidad.

Mientras tanto, no habrá más remedio que ir diciendo adiós a los «moshales», que hasta hace bien poco tiempo marchaban libres por las altas praderas de Elosua e Izarraitz. No habrá más remedio que ir diciendo adiós a tantos portillos de trashumancia, a las mimbreras, a muchos helechales, y bosques de estiradas hayas y robustos robles; a los hornos de pan, a las cocinas bajas, a los caminos de bustiña y piedra. Al fin, pienso, lo que importa es que el caserío no desaparezca.

LUIS PEDRO PEÑA SANTIAGO